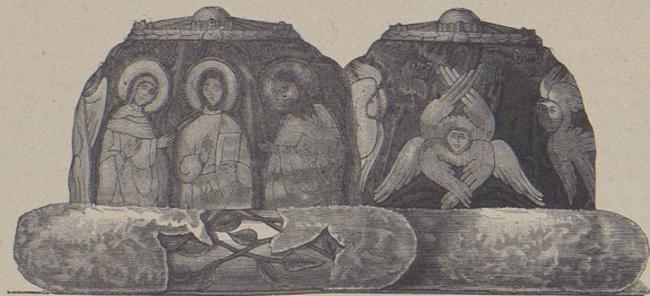


El día 1.º de setiembre, día de año nuevo segun el cómputo ruso, verificó su entrada triunfal en Moscou, pudiendo jactarse de haber obtenido en un corto plazo un gran triunfo: tenia además en perspectiva otro mayor que no tardó en realizarse. Cuando en 1475 Nowgorod se enredó, como años antes, en una guerra contra Pskoff, el gran duque consideró conveniente presentarse personalmente en Nowgorod, sin ir acompañado de ejército alguno: Estaba tan seguro de su fuerza, que emprendió la marcha á fines de octubre sin ningún aparato militar. Avanzó lentamente y á cada paso salíanle al encuentro nowgorodes que le recibían con presentes y le exponían sus quejas contra tales ó cuales de sus conciudadanos, pues entonces eran mas encarnizadas que nunca las contiendas entre los partidos. El 21 de noviembre entró Ivan en la ciudad, invitando poco despues á los contendientes á que se presentaran ante su tribunal. Pasaremos por alto los detalles. La estancia del gran duque, que se prolongó durante nueve semanas, sirvió para paralizar por completo la accion del partido de los boyardos de Nowgorod y para llenar las



Gorros de los arzobispos de Nowgorod, del siglo décimoquinto (en la sacristía de la iglesia de Santa Sofía, de Nowgorod).

cabo de un mes envió una embajada á Nowgorod para preguntar al pueblo reunido en wetscha si realmente, como lo habia hecho aquella embajada, reconocia al gran duque por «soberano», si aceptaba sus jueces y si se le cedia el palacio de Yaroslao.

La contestacion fué una rebelion del pueblo bajo. Tres hombres ilustres, á quienes se acusaba de haber motivado aquella fatal pregunta, fueron asesinados. Los nowgorodes no querian reconocer como gosudar al gran duque, pues los mas ciegos veían que esto habia de acabar con la independencía de Nowgorod.

A todo esto se repitieron los sucesos de 1471. Mientras los emisarios del gran duque prolongaban su estancia en Nowgorod, en donde se les dispensaban grandes honores pero no se les daba contestacion alguna, intimó Ivan á Pskoff que se preparara nuevamente para la guerra contra Nowgorod. Los pskoffitas ofrecieron de nuevo á su «hermano mayor» su mediacion, pero, como en 1471, sus ofertas fueron desdeñosamente rechazadas. Por último, transcurridas seis semanas, los emisarios del gran duque enviados á Nowgorod le llevaron la siguiente respuesta: «Doblamos la cabeza ante vos como señor, pero no os llamamos soberano: vuestros gobernadores pueden, como de antiguo, administrar justicia en el territorio de Nowgorod, pero vuestra jurisdiccion y vuestros jueces no perma necerán entre nosotros ni tampoco os cederemos el palacio de Yaroslao. Queremos vivir con vos bajo las condiciones de nuestro último beso á la cruz.» Despues de esta manifestacion, excitaban al gran duque á que castigara á los culpables de las antiguas contiendas, ofreciendo, por su parte,

arcas del tesoro del gran duque. Cuando éste salió de la capital los hombres mas respetables de Nowgorod fueron encadenados y deportados á Kolomna y Murom, no siendo atendidas las embajadas que posteriormente solicitaron su libertad. «Ya sabeis, — contestóles el gran duque, estando todavía en territorio de Nowgorod, — cuántas maldades han cometido estos boyardos en anteriores tiempos: todas las calamidades que ahora sufre nuestra herencia paterna de Nowgorod son á ellos debidas. ¿Cómo puedo mostrarme clemente con ellos?»

Entonces ocurrió un movimiento especial: así como antes Nowgorod habia velado codiciosamente por la conservacion de su jurisdiccion propia, á la sazón los ciudadanos nowgorodes acudían á Moscou en demanda de una sentencia judicial que con gusto se les concedia. Pero no fué esto todo: una embajada que en marzo de 1477 enviaron el arzobispo y todos los ciudadanos de Nowgorod al gran duque, habló á éste oficialmente como «soberano» (*gosudar*), cuando hasta entonces el tratamiento usual habia sido «señor» (*gospodin*). Ivan en un principio no tomó nota de esta variacion, pero al

hacer lo mismo. Era ésta una contestacion altanera, cuyo carácter de tal se aumentaba todavía con el hecho de que, segun referian los emisarios del gran duque, todos los nowgorodes parecían ebrios y acariciaban la idea de solicitar el auxilio de Lituania. Hacia, pues, inevitable el último acto de la tragedia.

Ivan quiso acabar de una vez y proceder rápidamente al ataque antes de que se llevara á cabo la alianza con Lituania. Ya en 15 de setiembre envió un emisario á Pleskau para intimar á esta ciudad que rompiera con Nowgorod: en 30 del propio mes se notificó á la wetscha la declaracion de guerra de los de Pleskau y al día siguiente se le notificó la del gran duque. Los comerciantes extranjeros huyeron con sus mercancías y cuando se supo con certeza que Ivan se aproximaba en actitud bélica, el terror se apoderó de Nowgorod. Levantáronse algunas débiles construcciones para fortificar y defender la ciudad, pero no se reclutaron tropas ni se hizo tentativa alguna para empuñar la espada que habia de salvarles de tan amenazador peligro. Escaso fué el número de los que todavía consideraron como una necesidad y como una gloria aprestarse para una resistencia enérgica. El jefe de los mercaderes, Marco Panfilyeff, cinco boyardos y María Borezki fueron, al parecer, los únicos que así opinaron; por lo menos no tenemos dato alguno que nos permita afirmar que fueran mas (1). La embajada á Casimiro de Polonia quedó en proyecto. La ciudad, sin aliados, desprevenida, desconcer-

(1) Estos son los únicos que despues creyó Ivan necesario llevar prisioneros á Moscou.

tada y sin comprender toda la gravedad del peligro, se abandonó á su suerte, en la esperanza siempre de que algunas concesiones y cantidades de dinero podrian aplacar la cólera del gran duque. Un emisario que fué enviado á pedir un salvo-conducto para el arzobispo y los embajadores de la ciudad fué preso en Torschok: la tentativa que hicieron los nowgorodes para conseguir, á pesar de la declaracion de guer-

ra, la mediacion de Pskoff, fracasó por completo. En la wetscha pskoffita fué preso por los embajadores moscovitas el emisario nowgorode, siendo despues puesto en libertad á instancias de los de Pskoff. Otro tercer emisario que fué á Torschok tampoco regresó á la atemorizada ciudad. Hasta el día 8 de noviembre no otorgó el gran duque el salvo-conducto pedido: Ivan puso en libertad á los emisarios en 11 de no-



Sagrario del tiempo del gran duque Ivan Wassilyewitz

(es de plata dorada y data de 1486). —Existente en la catedral de la Asuncion de María, en el Kremlin de Moscou.

vembre, despues que un cuarto mensajero, enviado para reproducir la peticion de los otros, le hubo dado el tratamiento de «gosudar» que, en un principio, se habia negado á darle.

En aquel momento habia acabado de reclutar todas sus tropas: en 9 de octubre se habia puesto en marcha con el grueso del ejército; el 19 se encontraba en Torschok y, despues de concedido el salvo-conducto, no interrumpió para nada sus operaciones militares. A cada una de las divisiones del ejército se le señaló el territorio donde debia operar: el de Nowgorod debia ser ocupado; el convento que se alzaba

delante de la ciudad debia ser tomado y las fuerzas de Pskoff tenian la órden de tomar posiciones en la desembocadura del Schelona. Ivan avanzaba desde el Oeste y podia esperar con seguridad la victoria que habia de coronar sus preparativos y esfuerzos. Cuando en 23 de noviembre se encontró á treinta werstas (unas cuatro leguas) de Nowgorod, se presentó en su campamento el arzobispo con los representantes de la ciudad. Sus proposiciones y sus súplicas no obtuvieron, en un principio, respuesta alguna: el gran duque siguió avanzando, y habia dado, como era sabido, órden á

los pskoffitas para que se aproximaran cuanto pudieran á la ciudad con las máquinas de sitio. Entonces los emisarios aumentaron sus ofrecimientos, cuya aceptación hubiera significado para Nowgorod un inmenso perjuicio pecuniario y una disminución de las libertades municipales, pero que, por lo demás, en nada afectaba á su existencia. Entonces dió Ivan órden á sus vaivodas de que durante la noche atravesaran el lago Ilmen, que estaba helado, y tomaran los puntos que inmediatamente dominaban á Nowgorod. A la mañana siguiente llamó á los emisarios y no personalmente, sino por boca de sus boyardos, de los cuales el príncipe Ivan Yuryewitz Patrikeyeff fué el que llevó la palabra, les hizo saber su ambigua opinión. Los boyardos expusieron las causas de la guerra; manifestaron que el gran duque se había mostrado clemente y que Nowgorod, sin embargo, había despreciado su clemencia y se había enemistado con él: añadieron que esta conducta había indignado al príncipe, y que por tanto Nowgorod debía doblar la cerviz y sus representantes deberían saber la manera de hacerlo.

Ellos, sin embargo, lo ignoraban y regresaron á la ciudad para recabar mas amplios poderes. Cuando, en 4 de diciembre, se presentaron de nuevo en el campamento, el gran duque había cercado ya la ciudad y establecido su cuartel general en el convento de San Jorge: veíase tan seguro que había licenciado la mitad de su ejército para forrajear, dándole, sin embargo, la órden de que el día 6 se encontrara nuevamente ante los muros de la ciudad. A los embajadores que demandaban gracia se les dió la misma contestación de antes. Por fin el gran duque expresó claramente sus deseos á una nueva embajada, manifestando que quería, así lo dijeron sus boyardos, gobernar en Nowgorod de la misma manera que gobernaba en Moscou. El arzobispo, aterrorizado, suplicó que no le enviaran á Nowgorod con tal mensaje y que le facilitaran una entrevista con el gran duque, pero Ivan prefirió tratar por mediación de los boyardos, y entonces hubo un verdadero regateo: los nowgorodes fueron sacrificando, una tras otra, todas sus libertades, pero Ivan era insaciable y formuló en definitiva sus pretensiones en la siguiente forma: «La campana que convoca al pueblo á la wetscha desaparecerá; no tendreis possadnik alguno y á vuestros territorios y aldeas se les tratará como al resto de Rusia.» A cambio de esto prometía el gran duque que no sacaría á los nowgorodes de su país, que no entraría en los territorios de los boyardos y que respetaría, en cuanto á la administración de justicia, el antiguo estado de cosas. Además hizo la promesa de que, fuera de su territorio, no utilizaría á los nowgorodes en punto á servicios militares.

Tales fueron sus mayores concesiones.

Desgraciadamente no sabemos con certeza lo que acontecía entretanto en la ciudad, pues las fuentes á que hemos acudido solo parten del punto de vista moscovita. Únicamente se sabe que Nowgorod, bajo la presión de la peste, de las continuas discordias de los partidos y del hambre, aceptó las condiciones que le impuso el gran duque, por mas que éstas significaran la ruina de las libertades municipales, pidiendo tan solo «que Ivan, siguiendo la antigua costumbre, confirmara por medio de juramento solemne, besando la cruz, el pequeño resto de autonomía que dejaba á la ciudad.»

Pero tampoco estaba dispuesto á ello el gran duque, pues nunca consintió en que sus boyardos contrajeran en su nombre tal compromiso. Nada debía traer á la memoria que Nowgorod había estado antiguamente al nivel del gran duque como igual suyo. Únicamente consintió, despues de haberse hecho de rogar mucho, en repetir verbalmente en presencia de los nowgorodes la promesa que en nombre suyo les había hecho transmitir.

Pasemos por alto las persecuciones que siguieron, las negociaciones que se entablaron para la cesión del territorio nowgorode, para la percepción de impuestos, para la entrega del archivo del Estado, etc. Aquellos días funestos pasaron, por fin, y en 18 de enero de 1478 levantóse el cerco de Nowgorod y en 17 de febrero el gran duque dejó su campamento para regresar á Moscou sin dignarse siquiera visitar la ciudad, que era ya completamente suya, pues temía á la peste, que todavía hacía en ella sus estragos. Pocos prisioneros llevó consigo, pero entre ellos figuraban el mas anciano de los comerciantes, cinco boyardos y Marfa Borezki con su nieto (1). La campana que durante tantos siglos había congregado á los ciudadanos en asamblea popular, fué llevada en triunfo á Moscou, donde su sonido se confundió con el de las otras campanas de la capital del gran ducado.

Así pereció la libertad de Nowgorod, pues lo que Ivan había dejado no era la Nowgorod antigua. Únicamente había conservado la sombra de su antiguo esplendor. Un gobernador del gran duque habitaba el palacio de Yaroslao: el antiguo consejo había dejado de existir, y el símbolo de la libertad popular, la campana, había desaparecido. Solo la peste seguía haciendo sus estragos como en los días de libertad y de independencia, pero también la peste se cansó y todo quedó en silencio: todo, menos la desconfianza del gran duque, para quien era todavía demasiado lo que había dejado con vida. Seguía con suspicacia el curso de los sucesos de Nowgorod y parecía como si temiera que el rey Casimiro quisiera de nuevo arrebatarle su botín. Realmente le dijeron que entre Nowgorod y Lituania se habían reanudado secretamente las negociaciones. Una crónica rusa, una sola, pretende que Casimiro había prometido su apoyo á la ciudad, que había entrado en negociaciones con el khan Ahmat y que el papa Sixto VI le había consentido que impusiera una contribución á los templos polacos y lituanos para luchar contra Moscou. No puede comprobarse lo que haya en esto de verdad, pero lo cierto es que todo ello sirvió al gran duque de pretexto para dar á la ciudad el golpe de gracia.

Para ello procedió con su acostumbrada perfidia. Hizo propalar el rumor de que quería ir contra Livonia y acompañado de mil hombres se dirigió, en 26 de octubre de 1479, hácia Nowgorod con intenciones al parecer amistosas; pero en seguida interceptó todos los caminos que de la ciudad conducían al resto del reino é hizo que acudieran á ella tropas de todas partes. Los de Nowgorod entraron en sospechas, y poseídos de la desesperación cerraron las puertas de la ciudad y pareció revivir en ellos la antigua constitución. Pero la perplejidad se apoderó de sus ánimos. Al ver el gran duque que no podía sorprenderlos, esperó la llegada de sus tropas, comenzando despues á lanzar sus proyectiles contra la ciudad: entonces ésta abrió sus puertas y todo el clero se presentó con gran pompa y con cruces en las manos ante el gran duque, el cual le recibió benévolamente y le manifestó que los inocentes nada tenían que temer. Ivan penetró luego en la ciudad, sentó en ella sus reales y mandó prender y dar tormento á cincuenta personas tenidas por sospechosas: durante mucho tiempo éstas no hicieron revelación alguna de importancia, pero al fin confesaron todo lo que de ellos quería oírse, declarándose culpables juntamente con el arzobispo. Este fué inmediatamente preso, y sin que ningun proce-

(1) Generalmente en las narraciones de la ruina de Nowgorod se presenta á Marfa Borezki como una princesa heroica y patriótica, pero en las fuentes históricas solo se dice que ella y sus hijos pertenecían al partido contrario á Moscou. Marfa no ofrece en aquellos días de ruina nada que la haga sobresalir sobre los demás; y aun cuando hubiera poseído, cosa que ignoramos, la perspicacia política necesaria, faltábale fuerza y energía para realizar sus planes.

dimiento judicial hubiese demostrado su delito fué conducido á Moscou, donde acabó sus días, á los seis años, en el convento de Tschedo, pasando á poder del gran duque sus tesoros, ricos en oro, plata, piedras preciosas y perlas. Despues fueron ejecutadas cien personas, cuyos bienes se confiscaron, y cien familias de las mas ilustres fueron desterradas al interior del reino: por último, y pasado largo tiempo, 7,000 familias fueron en parte diseminadas por el país, en parte encarceladas, mientras otras eran ahorcadas ó ahogadas. Estos últimos sucesos (1488) acabaron verdaderamente con la gran Nowgorod, pues nada quedó que pudiera recordar la antigua importancia de la ciudad y las libertades de que en otro tiempo había gozado. Los elementos que Ivan envió á la ciudad á fin de que ésta no quedara despoblada eran, según expresión de un cronista livonio, «pueblos indignos,» mezcla de hijos de boyardos, comerciantes y siervos que se apoderaron de los territorios vacantes; gente toda ella del interior del país, en la cual vivía aun la tradición de la servil obediencia. Cierto que entonces tomaron el nombre de nowgorodes, pero con el nombre no habían heredado la aptitud para llenar la misión que les había confiado aquella república adiestrada en una práctica de muchos siglos. Nowgorod fué una ciudad sin color y sin carácter como las del interior del reino, é Ivan III, para que los nuevos habitantes no pudieran nunca constituir un peligro, ya por su trato con el extranjero, ya por un excesivo bienestar, arrebató á la ciudad su porvenir, despues de haberle arrebatado su pasado y su presente, mandando en 1494, cuando nadie lo esperaba, cerrar la factoría de los comerciantes alemanes de Nowgorod, prender á los comerciantes anseáticos y confiscar sus bienes. No hizo esto movido por una impresión del momento, sino que fué consecuencia de un plan durante mucho tiempo concebido, y realizado con aquella mala fe en que tanto sobresalía el gran duque y que caracterizó siempre su política. Poco antes había prorogado por muchos años los derechos de la factoría (1). Luego firmó un tratado con el rey Juan de Dinamarca, en el cual prometía á éste la destrucción del establecimiento alemán, llevándose á cabo este hecho de perfidia en 5 de noviembre de 1494, mientras una embajada anseática trataba en Moscou con el gran duque (2). Los comerciantes alemanes, enteramente desprevenidos, fueron atacados y encarcelados, siendo confiscados todos sus bienes, y á pesar de la promesa del maestre livonio y de muchas embajadas que no sin exponerse á grandes peligros llegaron á la corte del gran duque, no se consiguió hasta el año 1497 que los presos fueran puestos en libertad. Ivan, sin embargo, retuvo en su poder á cuatro comerciantes y todos los bienes para tener un elemento de posteriores arreglos. La importancia de Nowgorod como mediadora entre Rusia y el Occidente había desaparecido: la ciudad decayó cada vez mas y en los siglos siguientes no fué mas que la puerta de ataque por donde las tropas de Rusia penetraron en Livonia, cuya conquista fué desde entonces la meta principal de la política rusa.

### CAPITULO XXXI

#### FIN DEL YUGO TÁRTARO

También en las relaciones que existían entre Rusia y los habitantes de las estepas ocurrió, durante el reinado de Ivan,

(1) Véase el excelente trabajo de Hildebrando: *La embajada anseática-livonia que en 1494 fué enviada á Moscou y el cierre del mercado alemán de Nowgorod*. Revista mensual báltica, 1871.

(2) Respecto de los detalles, véase Riesenkauff: *El mercado alemán de Nowgorod*, Bereshkoff, obra citada, é Hildebrando, obra citada. Esto corresponde mas á la historia anseática y livonia que á la rusa y sobre ello volveremos á hablar en otro lugar.

una variación tan importante que nos obliga á estudiarla detalladamente. La supremacía de los tártaros, que, aun cuando destruida por la práctica, había sido constantemente reconocida en principio por el gran duque de Moscou, desapareció por completo, no á consecuencia de un levantamiento heroico ni de un gran hecho libertador sino despues de una semi-derrota, sin efusión de sangre por una ni otra parte; no como resultado de la fuerza de Moscou, sino por haber perdido aquellos Estados bandoleros de las estepas la cohesión, única cosa que los hacía temibles.

Ya durante el reinado de Wassili el Ciego examinamos los síntomas de la ruina que se acercaba. Cierto que la Horda de Oro subsistía, pero de ella se habían separado porciones importantes, constituyendo un peligro allí donde, como en Crimea y Kasan, habían conservado fuertes lazos de unión. También en estos puntos comenzaron los tártaros á degenerar. Junto á estas tres grandes hordas aparecen otras hordas pequeñas que, en definitiva, no tenían mas carácter que el de cuadrillas de salteadores y que se combatían constantemente unas á otras. El territorio de los hombres de las estepas también había disminuido bajo el punto de vista geográfico. Formaban sus fronteras el Dniester, el bajo Dnieper, el Volga—desde Nishni—y la corriente del Oka; y por este territorio avanzaron los pueblos sedentarios á costa de los habitantes de las estepas. A lo largo de las fronteras moscovitas estaban establecidos aquellos príncipes servidores siempre dispuestos á montar á caballo y á contestar con sangrientas expediciones á las correrías de rapiña de los tártaros. El centro de gravedad de esta línea fortificada estaba en el Oka, desde donde se hacía una guerra pequeña pero continúa. Moscou en este punto procedió con su acostumbrado método: sus esfuerzos tendían á vencer á las estepas por las estepas mismas, es decir, á debilitar las grandes hordas fomentando las luchas intestinas y apoyando á los rebeldes y á los pretendientes. Los príncipes tártaros fugitivos eran establecidos en las ciudades fronterizas, en Kasimoff, Serpujoff y Kaschira, donde estaban sujetos á la soberanía moscovita, y encontraban ocasiones y apoyo para atacar á sus enemigos de la misma raza. La decadencia y la ruina de aquellas hordas se hubiera, pues, consumado rápidamente si su existencia, á pesar de los perjuicios que producía, no hubiese sido conveniente para los Estados cristianos vecinos, especialmente para Moscou y Lituania. La soberanía de la Horda principal sobre Rusia subsistía y los grandes duques de Moscou se mantenían en paz con ella, pero procuraban debilitar el conjunto del poderío de los tártaros atacando á los pequeños Estados tártaros que se habían separado de la Horda de Oro. Podemos también ahora añadir que en aquel tiempo comenzó á tomar parte en la lucha la hermandad especial de los cosacos zaporogos. Cuando Halicz cayó en poder de Polonia (1340) verificóse, como hemos visto, la primera emigración de los elementos rusos á las islas del Dnieper, situadas junto á las cascadas del río. Eran estos probablemente fugitivos que querían librarse de la dominación extranjera; pero no es posible saber cuál fué su suerte, pues faltan los datos de las crónicas y solo se sabe que 75 años despues, cuando Jedigei ó Edegu devastó á Kieff y sus alrededores, el pueblo bajo buscó de nuevo su salvación y su seguridad en las islas del Dnieper, mientras las familias ricas y distinguidas se refugiaron en Lituania. Asimismo la unión de Polonia y Lituania y la sujeción directa de algunas partes de la actual Pequeña Rusia á Polonia contribuyeron á aumentar el número de aquellos colonos que sin mujeres ni hijos se encontraban allí independientes de la soberanía extranjera y atendían á su sustento por medio de la caza, de la pesca y de las expediciones contra los pueblos de las estepas que por su vecindad vagaban. La unión